



EL JOYERO DE CARLA

Moisés González Muñoz

EL JOYERO DE CARLA



Primera edición: julio de 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Moisés González Muñoz

ISBN: 978-84-17961-14-5

ISBN digital: 978-84-17961-15-2

Depósito legal: M-21165-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A ti, Carla,
mi nuevo tesoro,
jamás el segundo.
que el amor por los nietos
no se divide, se multiplica.*

Índice

Prólogo: Recordando recuerdos.....	11
Capítulo 1: Días de angustia.....	15
Capítulo 2: Entre tinieblas.....	21
Capítulo 3: Javier.....	25
Capítulo 4: El señorito.....	31
Capítulo 5: Lobos.....	43
Capítulo 6: Viento de cara.....	59
Capítulo 7: La familia.....	67
Capítulo 8: Aires de venganza.....	75
Capítulo 9: La mano salvadora.....	81
Capítulo 10: Sueños rotos.....	95
Capítulo 11: Hermanos contra hermanos.....	113
Capítulo 12: De desgracia en desgracia.....	123
Capítulo 13: ¿Y ahora qué?.....	141
Capítulo 14: Doble humillación.....	147
Capítulo 15: Perdidos en la nada.....	161
Capítulo 16: La muerte a cada paso.....	167
Capítulo 17: Los años negros.....	179
Capítulo 18: El exilio involuntario.....	185
Capítulo 19: FRrieda.....	193
Capítulo 20: Verano en Ávila.....	209
Capítulo 21: Terrassa (Tarrasa).....	217
Capítulo 22: El reencuentro.....	247
Capítulo 23 Torrebonica.....	261

Capítulo 24: Sin oficio ni beneficio	279
Capítulo 25: El fin del águila	297
Capítulo 26: Aires de libertad.....	311
Capítulo 27: María.....	315
Capítulo 28: «Poli» bueno, «poli» malo	323
Capítulo 29 El joyero.....	331
Capítulo 30: Gredos.....	335
Capítulo 31: Rumbo a la oscuridad	351
Epílogo	355
Nada es lo que parece.....	357
Agradecimientos.....	358

Prólogo

Recordando recuerdos.

Somos lo que elegimos ser.

Tanto si nos abandonamos o adaptamos a lo que va viniendo, como si nos empeñamos en pulirnos para dirigirnos a una dirección, somos lo que elegimos ser... dentro de cada circunstancia.

Pero, irremediamente, una parte de nosotros está hecha de recuerdos. Y no porque estos existan y nos condicionen, sino porque los recuerdos forman parte de nuestra historia y, tanto si dejamos que nos influyeran como si los olvidamos, esa elección nos hace ser de un modo u otro.

Abro la puerta de la terraza a las cuatro de la tarde y el sol de abril inunda los amplios doce metros cuadrados de baldosas y muro. Es inusual, en esta época del año en Ávila, esta temperatura. Los rayos de sol calientan mi piel agradablemente, la tibieza del ambiente inunda mis sentidos y el aroma de la primavera se ceba especialmente en uno de ellos, mezclando su fragancia con el de la ropa limpia que cuelga, aún húmeda y más blanca que otras veces por la luz, cerca de mí.

Pienso en que me apetece mucho sentarme este ratito a escribir el prólogo del libro de Moisés. Tengo muy claro desde el principio cómo voy a titularlo, pero retengo vagamente las ideas que me pasan por la cabeza para que le sigan. Eso sí, todas ellas me llevan a mis abuelos.

Hablar de recuerdos en este momento de mi vida en el que tengo a mi familia, en el que afortunadamente tengo a mis padres y con salud, hablar de historias pasadas me lleva a mis abuelos.

Con ellos he disfrutado de largos ratos, días, en la infancia. Mis abuelos maternos, concretamente, pasaban las tardes alrededor de su mesa camilla, sobre todo en la época de frío. Ellos, en sus dos grandes butacas de orejas; mis hermanos y yo, mientras mi madre cosía, en los sillones cercanos, merendando los postres que mi abuela cocinaba, de manera habitual, de forma casera. Y siempre en esos ratos se colaban recuerdos. Cualquier cosita cercana servía como excusa para hablar de algo que les recordaba a épocas pasadas. «Hija, a ver si te vas a manchar la blusa, con lo blanca que es». A lo que alguien replicaba: «Como la blusa almidonada, ¿te acuerdas?». Y solo con esa frase, se sonreían entre ellos y mi madre y, contaban —una vez más, como tantas tardes— la anécdota de la camisa almidonada, «porque antes se almidonaban, hija», a la que le echaron una copa de vino de manera intencionada, solo por el gusto de romper el blanco impoluto. Nos reímos todos, una vez más también.

Y como esta, cientos y cientos de anécdotas de mis cuatro abuelos: de bandidos que asaltan carretas en los caminos, de funerales al comienzo de la Guerra Civil, de negocios arrancando con una motocicleta o de escapadas a caballo a escondidas por praderas abulenses que... ahora están cubiertas de edificios.

Y aquí estoy hoy, recordando recuerdos. Recuerdos de mis abuelos que son, desde hace décadas, míos también, gracias a que ellos, intencionadamente o no, se encargaron de narrarlos, haciendo de esta manera que haya tejido un camino de historias en mi memoria y, haciendo también que no olvide mis raíces, para que pueda darles pinceladas o brochazos de ellas a mis hijos, si me parece.

Como Moisés a sus nietas.

Regalo en forma de novelas —la anterior, *Candiles para Lucía*, un auténtico tesoro entrañable— a sus queridas y amadas niñas.

Para que, ya sea en primera persona o como una historia inventada, tengan un presente de su abuelo, en forma de libro. Un recuerdo que les explique sus raíces, una época no vivida, una forma de vivir —o sobrevivir— que no han conocido, la miseria más feliz. Una historia que guardar u olvidar. Que callar o contar en un futuro.

Un recuerdo que recordar.

PAULA VELASCO

Ávila, 12 de abril de 2019

Capítulo 1

Días de angustia

Jueves, 8 de diciembre de 2016

Terrassa. 05:56 de la mañana.

Doce horas después de recibir la noticia del accidente y el ingreso del anciano en el Hospital Provincial de Ávila.

Habían transcurrido casi tres décadas desde el accidente en la montaña. Durante años Javier se había mantenido ágil y lleno de vitalidad, pero tras el atropello de ayer todo se había precipitado. La edad pasaba factura y aquello no presagiaba nada bueno.

El padre de Lucía y Carla no entendía el empeño de su abuelo por alejarse de Terrassa y pasar largas temporadas en el pueblo.

«Si hubiera continuado con nosotros todo sería más fácil. Él estaría ingresado en un hospital cercano a casa; mis padres no se hubieran tenido que quedar con él y nosotros no tendríamos que realizar este montaje. Ahora entiendo a mi padre cuando decía que siempre fue un cabezota», pensó mientras cerraba la maleta.

—Venga, niñas. No os entretengáis más, por favor, que ya son casi las seis —les apremió Carol a sus hijas.

—Vámonos o perderéis el tren —añadió su padre, mientras cargaba el equipaje en el ascensor.

—Ya voy, papá —asintió Lucía saliendo del servicio.

—¡Un momento, *plis!* Guardo el joyero, cojo el ordenador y salgo en seguida—contestó Carla desde su habitación.

—Adiós, mamá —se despidió Lucía, besando a su madre.

—Hasta el sábado, mami —continuó Carla, abrazándola.

David y sus dos hijas descendieron hasta el garaje, subieron al coche y salieron a la calle para dirigirse a la estación del Norte.

Al llegar a la rotonda del Paseo 22 de julio se toparon con la Policía que les cerraba el paso, impidiéndoles el avance.

—¿Qué sucede? —preguntó Lucía a uno de los agentes.

—El edificio y la plaza de la estación están ocupados por unos manifestantes que no permiten el acceso a las vías.

—Mierda —gruñó Carla al ver que no podían seguir adelante.

—Nos vamos a la estación del Este. Aún estamos a tiempo de llegar —anunció David sacando el vehículo de aquel atolladero.

Poco después estacionaron el coche al aire libre y corrieron hacia el moderno edificio de vidrio y metal veteado en rojo.

Lucía casi se estampa contra el cristal de la puerta de acceso al vestíbulo, pues a pesar de la hora, esta seguía cerrada con llave.

—Lo que nos faltaba —refunfuñó David golpeando el vidrio.

—¡A buenas horas llega el listo este! —se lamentó Carla al ver aparecer, corriendo y medio adormilado, al vigilante.

Justo entonces se escuchó el traqueteo de las vías. Momentos después, mientras el guardia jurado abría la puerta del vestíbulo, el sonido del tren comenzó a alejarse de la estación.

—¡Perdón! Lo siento mucho. Me he despistado —se excusó el portador de las llaves intentando justificar su retraso.

—¿Lo sientes? Lo sientas o no, nos has fastidiado bien. Como ellas pierdan el AVE te pondré una denuncia —amenazó David.

Con más de media hora de retraso según lo previsto las dos mozas llegaron a la estación de Sants (Barcelona). Abandonaron el adormilado cercanías a toda prisa; ascendieron por la escalera metálica a empujones; sortearon a la muchedumbre que hacía cola en las taquillas; descendieron por otra escalera y; tras correr por el solitario andén accedieron al AVE en el último instante.

—¡Por los pelos! —exclamó Lucía al cerrarse las puertas.

—Suerte que llevamos zapatillas. Con tacones nos hubiéramos matado —comentó Carla, entre jadeos.

Se acomodaron en sus asientos dispuestas a dejar pasar, de la mejor manera posible, las tres horas de viaje hasta Madrid.

Carla miró el móvil y vio que tenía cuatro llamadas perdidas.

«¿Qué querrás ahora, mami? Luego te llamo», se dijo para sí.

Lucía extrajo el *e-book* del bolso y se dispuso a releer su libro preferido, *Candiles para Lucía*, para adelantar el trabajo que estaba haciendo en la facultad con sus alumnos sobre la España rural del S. XX. Casi se lo sabía de memoria, pero el vínculo que le unía a él la llevaba a releerlo cada cierto tiempo.

Entonces sonó el móvil de Carla y ella aceptó la llamada.

—Dime, mami... Sí... ¿Quéé?... ¡Mierda, mierda, mierda!

—¿Qué sucede? —se alarmó Lucía, al escuchar la malsonante expresión de su hermana.

—Que con las prisas me he dejado el ordenador en el asiento del coche de papá y lo necesito para terminar el artículo de hoy.

—No sufras. No creo que allí te haga falta. En el pueblo no tenemos conexión a internet y no podrás enviarlo a través del ordenador a no ser que te las arregles con el móvil. Además, apenas llega la señal. Es un verdadero suplicio.

—Tenía pensado pasarme por casa de tía Clara, en Ávila, para que me dejara conectarme a su red y subirlo desde allí a la nube, pero llevo un rato llamándola al móvil y no me coge el teléfono.

—Pues llama a papá o mamá y diles que te lo envíen ellos. Ya le pedirás el portátil a tía Clara más tarde. No creo que ella lo utilice demasiado. Con el de sobremesa tendrá suficiente.

—*Ok*. Le enviaré un *wasap* para ver si lo tiene disponible.

A las tres horas del viaje hasta Atocha, debieron añadir otra de espera en la estación de Chamartín y dos más para recorrer el insufrible trayecto entre la capital española y la abulense. Más de un siglo después, Ávila continuaba tan alejada de Madrid como el día en que se inauguró la línea de ferrocarril.

Cuando las jóvenes descendían del tren en la estación de Ávila vieron una cara conocida. Su abuelo Javi las esperaba en el andén para acompañarlas al hospital donde estaba el bisabuelo.

—¿Cómo ha ido el viaje, chicas? —preguntó el abuelo al llegar a la altura de sus dos nietas.

—Cansado, pero bien —contestó Carla dándole un beso.

—¡Hace un día de perros! ¿Qué tal vuestros padres?

—Bien, bien. Ellos vendrán el sábado. Mamá viaja hoy a París y no regresará hasta mañana por la noche. Y papá tiene una reunión en la empresa mañana por la tarde —explicó Lucía.

Acto seguido se desplazaron al hospital en taxi y una vez allí localizaron la UCI, donde se encontraba el paciente. Junto a él permanecía su nuera Isabel desde el día del ingreso.

—Hola yaya —dijeron Lucía y Carla dirigiéndose a su abuela.

—Hola niñas. ¡Qué alegría veros! —contestó ella abrazando y besando a sus nietas—. ¿Y vuestros padres? ¿Qué tal están?

—Bien. Llegarán el sábado a mediodía. Mamá está de viaje y papá trabaja mañana —respondió Carla.

—¿Cómo está el bisabuelo? —preguntó Lucía a su yaya.

—Bastante mal. Los médicos no tienen muchas esperanzas.

—¿Está consciente? ¿Sabes si nos oye? —preguntó Carla.

—No lo sé. El neurólogo dice que le hablemos de sus cosas. Que le recordemos anécdotas. A veces parece que haga muecas, pero no ha abierto los ojos, ni ha dicho nada, desde que ingresó.

En aquel momento entró la enfermera para decirles que había terminado el horario de visitas y que debían abandonar el box.

—Por cierto —les comunicó esta— ha venido un señor muy mayor diciendo que era amigo de Javier desde pequeño y nos ha preguntado si podía verlo. Le hemos explicado que ahora era imposible, pero que lo consultara con ustedes cuando acabaran la visita. Lleva un buen rato sentado ahí fuera, esperando.

Tras dejar al paciente a cargo de la enfermera, el cuarteto se dirigió a la desangelada sala de espera para saludar al visitante. Nada más verlo, Javi e Isabel lo reconocieron. Era Ismael, el amigo de

infancia de Javier. Le saludaron con cortesía y tras presentarle a Lucía y Carla le pusieron al corriente del delicado estado de salud de su apreciado compañero.

—Lo siento mucho. Es mi mejor amigo —dijo Ismael.

—Lo sabemos —contestó el abuelo— él te tiene mucho cariño.

—¿Qué dicen los médicos? ¿Se recuperará?

—Dicen que está muy mal. Dudan que salga del coma. Y si lo hace, no saben cómo quedará. Eso sí, nos piden que le hablemos para ver si recupera la consciencia —intervino Isabel.

—¿Os molesta si vengo a visitarlo por las tardes?

—Claro que no, Ismael. Puedes venir cuando quieras. Pero ya sabes que aquí el horario de visitas es muy estricto y nosotros estaremos con él todo el tiempo que podamos —aclaró Javi.

—Muchas gracias. Lo entiendo. Intentaré no ser un problema. Vivo cerca de aquí y me puedo pasar a cualquier hora.

Al día siguiente, Ismael fue el primero en ir a visitar a su fiel amigo y pronto se ganó la confianza de familiares y enfermeras. Por eso, cuando Carla entró en el Hospital y descubrió que el enfermo había sido trasladado a planta y, que junto a él estaba su inseparable amigo, haciéndole compañía y hablándole de cosas del pasado, le agradeció el gesto con sentidas muestras de afecto.

Tras besar a su bisabuelo, acariciarle y dirigirle unas palabras, a Carla le sonó el móvil y salió al pasillo para atender la llamada.

Terminada la conversación regresó de nuevo a la habitación y, sin quererlo, quedó prendada por las vivencias que Ismael traía, en voz alta, a la memoria de su amigo. Entonces floreció la idea. Los días siguientes se repitió la escena y, sin consultarlo, Carla comenzó grabar con su móvil las historias de Ismael.

El sábado llegaron los padres de las jóvenes y tras hablar con los doctores se confirmaron los peores augurios: «mientras no remitiera la hemorragia era imposible evaluar los daños», dijeron.

Al mediodía del día siguiente, domingo, 11 de diciembre de 2016, al ver que la evolución del enfermo era impredecible, Lucía,

Carla y sus padres decidieron regresar a Terrassa para reincorporarse a sus respectivos puestos de trabajo.

A la hora de la despedida Carla hizo un aparte con Ismael. Le explicó sus intenciones y le preguntó si estaría dispuesto a grabar las historias y enviárselas para que ella las recopilara en un libro.

—No sé si sabré hacerlo, joven. No me llevo demasiado bien con estos aparatos y con la vista que tengo, peor aún.

—Claro que sabrá, hombre —le animó Carla dándole un beso.

—Se lo diré a mi nieto Ángel para que me eche una mano con el móvil. Él es un experto en estos temas.

—Muchas gracias, Ismael. Ordenaré todo lo que me envíen, lo pasaré al ordenador y se lo remitiré para conocer su opinión.

Una vez conseguido su propósito, Carla besó al anciano, al enfermo y a sus abuelos y abandonó la habitación con destino al coche donde la esperaban sus padres y su hermana.

—Vamos. ¿Dónde te has metido? —protestó su padre.

—Ya pensábamos en ir a buscarte —añadió su madre.

—Tranquilos. Me estaba despidiendo de Ismael —aclaró ella.

—Pues menuda despedida —rezongó Lucía, con segundas.

—Venga, que a este paso vamos a llegar a las tantas —zanjó la charla el padre, abrochándose el cinturón de seguridad.

Instantes después circulaban, silenciosos y preocupados, por la carretera N-110, con destino a la autopista que les conduciría a su destino en Terrassa.

Capítulo 2

Entre tinieblas

Jueves, 22 de diciembre de 2016

Catorce días después del atropello.

Hospital Provincial de Ávila.Habitación 113.

Diez de la mañana de una desapacible y fría jornada invernal

Casi dos semanas después de su ingreso en el hospital, Javier seguía en coma. Durante aquellos días, Ismael, su fiel amigo, no había dejado de visitarlo a diario para recordarle episodios de su vida en común. La mayoría de ellos de dominio público, otros, confidencias y secretos íntimos solo conocidos por ellos dos.

A primera hora de aquella gélida mañana invernal la experta enfermera comenzó a adecentar al paciente.

—Buenos días, Javier. Soy Ana, la enfermera de día. ¿Cómo te encuentras? Vengo a asearte y a cambiarte las sábanas. Dentro de un rato llegarán las visitas y tienes que estar guapo. Ya sabes que a ellos les encanta hablar contigo. Deberías ir despertando. Los turrónes de aquí son un asco. Desde que comenzaron los recortes y cambió el catering, la comida es una verdadera bazofia. Te lo digo yo, ahora que no nos oye nadie... Mira. Aquí está tu amigo —dijo Ana al ver entrar a Ismael.

—Buenos días, señorita. Disculpe. Pensaba que estaba solo.

—Pase, pase. Casi he terminado. Hoy ha venido usted antes.

—Sí. Solo estaré un momento. Tengo hora con el cardiólogo.

—Pues adelante, entonces. Seguro que su amigo Javier estará encantado con su compañía.

—No sé. Creo que no me oye. Pero bueno, él siempre estuvo a mi lado y yo no voy a dejarlo solo ahora que me necesita.

—Pues nada. Les dejo tranquilos. Si necesita algo, ya sabe.

—Gracias señorita. Que tenga usted un buen día.

—Igualmente, Ismael. Me encantaría quedarme con ustedes y escuchar sus aventuras, pero mis pacientes me esperan.

Mientras la enfermera salía de la habitación Ismael se acercó a su amigo y le cogió la mano. Estaba templada pero inerte.

—Hola Javier. ¿Cómo estás? Desde que mi nieto me dejó su grabadora lo llevo mucho mejor. Solo hay que apretar el botón y listo. Después él se encarga de enviarme lo grabado a tu biznieta por internet. Ayer llamó ella para darme las gracias. Me dijo que estaba encantada con lo que voy enviando. Que le está sirviendo de gran ayuda. Aunque a veces se pierde un poco, pues me voy de una época a otra y le resulta difícil ordenarlo. Me dijo que ya tiene varios capítulos escritos. Que me los traerá estas Navidades para que yo los lea y le diga si encuentro algún error y corregirlo. Estoy impaciente por tenerlos en mis manos. Pero por desgracia ando bastante mal de la vista y no podré leértelos. Sin embargo mi nieto dice que ha encontrado una solución. Hay un grupo de escritores abulenses de *La Sombra del Ciprés* que se pasan por las casas de las personas mayores o incapacitadas para leerles un rato. Ayer contactó con ellos y le dijeron que podrían venir dos horas en semana a mi casa. Aunque les ha propuesto que vengan aquí, al hospital y, así nos lo leen para los dos. ¿Qué te parece?

»Han quedado en llamarme por teléfono para confirmármelo y acordar el día. Si no te importa, les diré que vengan los lunes o miércoles por la tarde, que son los días que me van mejor a mí.

»Se lo comenté ayer a tu hijo y le pareció muy buena idea. Dice que así dispondrá él de unas horas libres para poder hacer sus cosas, si es que al final no se queda también en la habitación, con nosotros, para escuchar la lectura.

»Bueno, Javier. Hoy no me puedo quedar más tiempo. Tengo que marcharme. Mi nieto Ángel me está esperando en el coche. Dentro de un rato tengo visita con el cardiólogo. Además, esta Nochebuena la pasaremos en el pueblo y no podré venir a visitarte hasta después de Navidad. Que vaya bien, amigo —le dijo soltándole la mano y despidiéndose.

Durante el periodo navideño Javier recibió las visitas de algunos amigos, varios conocidos del pueblo y casi todos sus familiares, pero continuó sumido en su ausencia silenciosa.

El lunes 26 de diciembre de 2016, Ismael volvió de nuevo al hospital para visitar a su amigo y allí se reencontró con Carla.

—Qué alegría, Ismael. ¿Cómo está usted? —le pregunto ella.

—Pues regular, si le soy sincero. Llevo una temporada que me canso mucho. Pero bueno, a mis años no voy a quejarme.

—¿Y cómo le ha ido por el pueblo?

—Bien. Aunque da mucha pena. Casi no queda nadie por allí.

—De haber sabido que venía, le hubiera traído lo recopilado.

—Gracias, joven. Ni yo mismo lo sabía. Acabamos de llegar hace un rato y estoy deseando ver lo que ha escrito. Aunque, por desgracia, tendré que esperar. Me ha llamado Bego, la escritora, para decirme que tenía compromisos adquiridos con antelación y que no podría comenzar la lectura hasta el 4 de enero. Lástima.

—Por mí, mejor. Así podré consultarle unas dudas que tengo.

—Usted dirá, señorita. Me tiene a su disposición.

—Mejor mañana. Ahora estoy pendiente del móvil para entrar en el informativo de la tarde —dijo ella recogiendo su abrigo.

—Como usted diga. Hasta mañana, entonces.

Se despidieron con un beso y quedaron en volver a verse al día siguiente por la tarde, allí mismo, para seguir con su planes.

Nada más terminar de comer, Ismael se fue al hospital para cumplir con su cita. Carla lo hizo bastante después acompañada de sus abuelos. Al ver a su colaborador, la joven se acercó a él, le saludó, se interesó por su precario estado de salud y le entregó un sencillo manuscrito encuadernado por ella misma en casa.

—Tenga, Ismael. Espero que le guste lo que he escrito.

—Seguro que sí. Lástima que no pueda decírselo hoy mismo.

—Si encuentra alguna incorrección y me lo dice, le estaré muy agradecida. Así podré subsanar el error.

—Seguro que lo ha hecho usted muy bien, señorita.

La visita de aquella intempestiva tarde fue muy diferente a las habituales. Los cuatro acompañantes dedicaron unos minutos a interesarse por el convaleciente y después pasaron el resto del tiempo hablando entre ellos. El viejo Ismael rememoró algunas de las vivencias compartidas con su amigo, despejó las dudas de Carla y prometió seguir desvelando secretos del pasado.

Al anoecer, abandonaron el centro hospitalario, acercaron a Ismael a su casa, en el coche y, se dijeron adiós.

Al día siguiente, Carla regresó a su domicilio en Terrassa.

* * *

Javier navegaba por una especie de pozo negro y sin fondo. Nada semejante a lo conocido hasta la fecha. Le pesaba el alma pero, en cambio, no sentía nada de su narcotizado cuerpo. No conseguía respirar con regularidad y se ahogaba sin remedio. Parecía como si los pulmones se le hubieran clausurado para siempre. Como si aquel laberinto de ramificaciones y conductos imprescindibles para la vida le negaran la existencia.

Ansiaba comunicarse con la enfermera mientras esta revisaba los drenajes y los cables que le unían a las máquinas sanitarias, pero no lo conseguía. Notaba, eso sí, el roce de una mano tibia y delicada que le acariciaba el rostro con dulzura y, poco después, al perder el contacto físico, le parecía escuchar unos pasos que se alejaban en la estancia. Entonces, sin poder hacer nada para remediarlo, regresaba de nuevo a las tinieblas.

Capítulo 3

Javier

Miércoles, 28 de diciembre de 2016

Al enterarse de que la escritora no podía comenzar la lectura hasta después de año nuevo, Ismael, impaciente, convenció a su nieto para que ejerciera de lector.

El Salobre. Mañana de un gélido día de Enero de 1927:

El pequeño llevaba varios días enfermo y sin pisar la calle. Se pasaba las horas encerrado en casa y estaba de muy mal humor. Mataba el tiempo trajinando con el mobiliario y los utensilios de la cocina o molestando al gato. El escaño, un banco, las tenazas, la badila o un tronco de leña, eran sus improvisados juguetes.

Los hombres se habían ausentado de buena mañana y Clara, su hermana, había ido a llevar un encargo a la vecina. María, su madre, preparaba la comida y la abuela Valentina, anclada en el pasado, atizaba el fuego y conversaba consigo misma.

Un relincho amortiguado traspasó la pared de la cocina.

—Un caballo —dijo la abuela, mientras el plato que tenía su madre en las manos se hacía añicos al estrellarse contra el suelo.

El niño se desentendió del juego y buscó a su madre con la mirada. La notó inquieta y temió que le cayera una regañina.

—¡Yo no he sido, *madgge!*

—No hijo, no. Ya lo sé. He sido yo. No te preocupes.

—Uno menos —sentenció la anciana.

Instantes después, dos individuos irrumpieron en la vivienda sin llamar a la puerta.

—¿Hay alguien en casa? —se escuchó una voz autoritaria.

—Sí, señor —contestó María—. Y acto seguido, contrayendo el rostro, abandonó los pucheros, se secó las manos en el raído mandil y salió nerviosa al encuentro de los visitantes.

La anciana, absorta en su mundo, volvió la cabeza, escrutó a los invasores y sin mediar palabra la giró de nuevo para retornar al embrujo de la llamas, como si se tratase de otra anodina visita.

—Hola, amo. Ho...hola, señorito. Bienvenidos a... su casa. ¿En qué... puedo ser... servirles? —balbuceó la anfitriona.

Javier, atraído por la curiosidad, salió tras su madre, se agarró a la falda de esta y examinó a los intrusos. Aquellas dos figuras le resultaban familiares. Al hombre mayor lo había visto en varias ocasiones por su casa, pero al joven solo dos o tres veces. Fue al cruzar la mirada con el último de ellos cuando notó que la presencia de este le intimidaba y se sintió vulnerable.

De lo sucedido a continuación, solo conservaba retazos:

«La llegada de su hermana... la partida de esta en búsqueda de los hombres... el hombre mayor sentado junto a la lumbre... su madre moviéndose nerviosa... la llegada de su padre y su abuelo... la reclusión de los varones en la sala... y tras la partida de los señores, el desasosiego familiar y los lamentos...

»Lo que sí le quedó grabado al niño para la posteridad fue que aquella visita había cargado el ambiente de preocupación y que, durante una larga temporada, casi todas las conversaciones de los adultos giraron en torno a los señores... Algo sucedió aquel extraño día de 1926 que lo alteró todo y cambió por completo el ambiente de su casa. Desconocía el qué, pero no debió de ser nada bueno, pues, tras aquel encuentro, su abuelo Guillermo y su padre comenzaron a discutir con cierta asiduidad, su madre se desvivió por restablecer la paz entre los varones sin conseguirlo, su hermana y él pasaron a ser meros convidados de piedra y solo la “feliz”

abuela se mantuvo ajena a la realidad y continuó maquinando sus alocados desvaríos».

La familia de Javier solo conocía la vida en el campo. Desde tiempos remotos habían tenido que trajinar de sol a sol para llevarse un trozo de pan a la boca. Era lo único que sabían hacer: cultivar la tierra y cuidar de los animales domésticos.

Habitaban una hacienda en El Salobre, un pequeño poblado anclado en medio del valle que debía su nombre a la peculiaridad de las tierras que lo rodeaban. A la finca se accedía por un viejo portón de madera que conducía al corral y en torno a este se alzaban las edificaciones: la panera y la despensa en la cara este, la morada en el lado norte, una pared medianera con un pozo compartido con los vecinos, en el frente oeste y, la cuadra, el pajar y una infecta pocilga, en la vertiente sur.

En la humilde vivienda, herencia de los sufridos antepasados, convivían tres generaciones de la misma familia: los abuelos, su hijo, la esposa de este y los dos nietos.

Los mayores lo hacían en calidad de propietarios. Guillermo, el patriarca de la familia y, abuelo de Javier, era un hombre dinámico, trabajador, cariñoso y muy bromista, a la vez que un testarudo incorregible; la abuela Valentina, que hacía tiempo que había perdido la cabeza, bastante tenía con saber dónde se hallaba, mantenerse encamada por las noches, hacer las necesidades en el momento y lugar adecuados y reconocer a los suyos.

El resto de la familia compartía la morada con sus ascendientes. Esteban, el heredero, era un hombre muy serio, enérgico, hacendoso y un perseverante defensor de la justicia; María, su esposa, destacaba por el amor a los suyos, su laboriosidad y unas innatas dotes para la cocina, pero, fiel a los cánones de la época, se mostraba muy sumisa ante los varones; Clara, la primogénita, atesoraba la belleza de su hacendosa madre, pero también el carácter indómito de su padre y la testarudez de su abuelo; Javier, el benjamín, era un niño vivaracho, inquieto y juguetón, que no sabía pronunciar bien el sonido «r». Aquel

defecto fonético suponía un verdadero suplicio para el niño, pues varios de sus familiares, ciertos vecinos y algunos de los mal llamados amigos lo empleaban para mofarse de él, contrariarle o con el innoble propósito de hacerle rabiar y sacarle de sus casillas.

A pesar de la precariedad en la que malvivían casi todas las familias del campo, Javier y los suyos se podían considerar unos afortunados. La mayor parte de las tierras de labranza del valle pertenecían a los terratenientes, aunque los que se deslomaban la espalda, a cambio de las migajas, eran los criados, los jornaleros y los arrendatarios. Sin embargo, ellos eran los propietarios de la mitad de las fincas que labraban y solo llevaban en arriendo la otra mitad, gracias a la «generosidad» del amo.

Los viejos del lugar afirmaban que aquella tierra era ingrata, traicionera y costosa de trabajar. Si el año venía bueno, algo no habitual, los frutos que se recogían eran de la mejor calidad y se llenaban los graneros hasta los topes, pero si se torcía la suerte, como venía ocurriendo durante los últimos años, la cosecha resultaba tan escasa que no daba ni para pagar la renta al amo.

Además de las agrestes tierras de secano, la familia cultivaba una pequeña huerta de regadío que les proporcionaba verduras, tubérculos y riquísimas frutas: manzanas, peras, melocotones...

Su cabaña se componía de una yegua joven, un par de burros, vacas, cerdos, conejos, gallinas, palomas, dos gatos, un nutrido rebaño de ovejas y varios perros adiestrados para el pastoreo.

El abuelo Guillermo afirmaba conocer al noble amo de toda la vida. Su relación venía de los padres de ambos y esta, a su vez, de sus respectivos antepasados. Durante aquellos años habían conocido épocas difíciles y otras muy difíciles. Todos sabían que los señores a veces no atendían a razones. Nada de excusas, heladas, sequías o temporales, ¡siempre exigían cobrar su renta!

«Unos cardan la lana y otros tienen la fama», se oía decir.

El amo no solía venir demasiado por el pueblo. Alguna vez para la época de la siembra; otra para la matanza; por norma general

poco antes de iniciar la cosecha del cereal; y, con relojera puntualidad, al finalizar cada verano para saldar las cuentas del arriendo y sellar, de palabra, las nuevas condiciones.

Javier no conservaba malos recuerdos del señor, pero desde aquel día en que llegara acompañado por su hijo pequeño, el señorito, —un mocito alto, chulesco y de carácter avinagrado— lo miraba con cierto recelo y si podía, lo evitaba.

Aquel verano la cosecha de cereal había sido mísera y el amo estaba contrariado por el retraso en el cobro de la renta. Sí, había recibido las fanegas de grano convenidas, pero no el resto del dinero acordado. En su última visita, el señorito les había comentado a Guillermo y a Esteban que tenían otro arrendatario interesado en labrar sus tierras y dispuesto a abonarles una mejor renta. Por lo tanto, si la cosecha venidera no mejoraba la actual, para la siguiente temporada, se quedarían sin el arriendo.

Para desespero de la familia, al pésimo verano le substituyó un otoño peor y el sembrado resultó casi imposible. Al principio, las nubes pasaron de largo por el valle y fue complicado clavar el arado. Después, comenzó a jarrear agua durante semanas y los campos se anegaron. Así, al concluir el periodo de siembra, solo dos tercios de las tierras previstas habían recibido las semillas.

En invierno, el día después de la matanza, el amo y su hijo se personaron en el pueblo para hablar con los arrendatarios. Las posturas entre las partes estaban muy alejadas y el ambiente se fue calentando. Después de varios reproches, entre el señorito y Esteban, las palabras subieron de tono hasta bordear el insulto. Solo la cordura de los viejos logró aplacar la ira de los jóvenes.

En plena discusión, el altivo señorito recogió sus bártulos, se dirigió a la salida y al llegar a la misma escupió su sentencia:

—El día que yo coja el mando os vais a enterar de lo que vale un peine. ¡A cada cerdo le llega su San Martín! Ya vendré yo solo, otro día, a cantaros las cuarenta—. Y sin esperar a que su padre pudiera contradecirle, les dio la espalda y salió de la casa.

Los allí presentes se miraron a los ojos con inquietud. A pesar del silencio, todos fueron conscientes de que aquella amenaza no

caería en el olvido. Hacía ya tiempo que el señorito se había quitado la máscara y mostraba sin tapujos su verdadero rostro. Tras los últimos acontecimientos, nadie dudaba de que bajo aquella juvenil fachada se ocultara un individuo presuntuoso y malcarado. Un personaje que los trataba a todos como si fueran unos pobres ignorantes y que los miraba con absoluto desprecio. Aquellos aires de arrogante superioridad que destilaba en su infancia el último retoño del amo, por desgracia, se habían confirmado al alcanzar la mocedad. Las peores sospechas se habían convertido en realidades. O mucho cambiaba el joven en el futuro o su altanería no invitaba al optimismo.

Visto lo visto, todos daban por hecho que tarde o temprano el innoble desairado se cobraría venganza.

A medida que iba recuperando la consciencia, la angustia se apoderaba de él. La imposibilidad de inhalar el oxígeno que su débil organismo necesitaba lo paralizaba. Después de algunos intentos baldíos, una leve grieta parecía abrirse en su interior y una bocanada de aire fresco penetraba en sus pulmones. Poco a poco, la agónica sensación revertía y durante algunos segundos volvía a la normalidad. Entonces, la entrecortada respiración se estabilizaba y se convertía en un reflejo acompasado y rítmico. De inmediato, soñaba con ver de nuevo la luz.

En la oscuridad, sus pensamientos se centraban en torno a aquella aterradora experiencia. La lucha por abrir las puertas de lo que parecía ser su propia asfixia, sin poder hacer nada para remediarlo, lo mantenían en tensión durante un rato. El tiempo iba paliando poco a poco la amarga sensación, pero cuando se disponía a abandonar las tinieblas, antes de recuperar del todo la consciencia, caía de nuevo arrastrado por la somnolencia.